Lua

Escrito en Resistencia – Chaco

Junio 2025

por: Eduardo “Barba” Gómez Mian

Hay historias que se escriben con tinta, otras con fuego. Y algunas, como esta, con una mezcla rara de ambas cosas. ***Lua*** es la tercera parte de una trilogía que nunca planeé como tal, pero que fue tomando forma por sí sola.

Todo empezó con **"Mateo y La Fiera"**, donde el amor y la pertenencia se cruzan en una encrucijada sin GPS. Después vino **"Cuervos del Sur"**, donde bajamos a la trinchera emocional del club, a ese corazón colectivo que late entre fierros, lealtades y silencios largos. Y ahora, con *Lua*, cierro un círculo. O mejor dicho, lo dejo abierto… como las puertas que Lua nunca quiso cerrar del todo.

Lua no es solo un personaje. Es una forma de estar en el mundo. Es fuga, es recuerdo, es esa amiga que no vuelve pero deja una marca. Esta historia es la de ella, pero también la de todos los que alguna vez sintieron que pertenecían a un lugar que ya no es igual que antes, o que no pueden habitar sin perder algo de sí mismos.

Escribí estos cuentos sin buscar respuestas. Solo quería dejar registro de un universo que me apasiona y me abraza. Que tiene grasa bajo las uñas y poesía en el pecho. Donde la libertad es una ruta que a veces te lleva lejos... y a veces te trae de vuelta.

Gracias por leer.
Gracias por volver.
Nos vemos en la próxima curva.

Barba

Aterrizó en Aeroparque un martes a la mañana.

El avión rodó despacio por la pista mojada, aunque no llovía. Buenos Aires estaba de ese gris espeso que no moja pero cala hasta los huesos. El cielo parecía una sábana sucia, colgada sobre una ciudad que no se molestaba en fingir alegría. Ese gris lo conocía Lua. Lo había tenido en la ropa, en la mirada, en los días de hambre y las noches sin sueños. Era el gris de su adolescencia.

El otoño siempre le había generado esa sensación de contradicción: le gustaban las hojas secas, el aire cortante, las bufandas como abrazos sin compromiso. Pero también traía otra cosa. Una especie de eco interno. Un crujido que no era de ramas, sino de recuerdos.

Bajó por la escalera del avión como si la pista ardiera. Sin valija, solo un bolso de cuero viejo y una campera que alguna vez fue negra. Enseguida, sin mirar atrás, se escabulló al estacionamiento cubierto, ese rincón entre columnas despintadas donde los carritos se oxidan y el silencio tiene olor a caucho y humedad.

Apoyó la espalda en una columna amarilla y negra. Cerró los ojos. El viento del río le pegó de costado, con ese perfume a gasoil, pan tostado y abandono. Sacó un cigarro. El encendedor plateado —el mismo que llevaba desde México— chispeó una vez, dos. A la tercera, ganó.

El humo le raspó la garganta. La acomodó.

No era placer. Era necesidad. Ritual. Territorio.

Miró la ciudad como a un ex al que no sabe si besar o putear. No estaba nerviosa. Estaba incómoda. No por volver, sino por todo lo que se le venía encima sin pedir permiso.

Había vuelto por laburo. Una convención en La Boca, clientes, entrevistas. Era una figura. No una estrella. Y eso le alcanzaba.

El taxi lo tomó en la calle, sin apps. Le gustaban los autos con historia: tapizados sudados, olor a pucho viejo y ventanas que bajan hasta la mitad.

—Llevame por los bosques, nomás —dijo, mientras se acomodaba la campera.

El tachero la miró por el espejo retrovisor, sin decir nada. Radio AM, volumen bajo. Un periodista hablaba de la inflación como si anunciara el clima. El asiento tenía una funda de cuerina pegajosa que la hizo fruncir la nariz.

Lua miró por la ventanilla. Los edificios parecían más flacos. O ella más grande. Algunos negocios ya no estaban, otros seguían resistiendo como testigos de guerra. En cada esquina, una postal vieja que ya no le correspondía.

Cuando cruzaron el puente sobre Figueroa Alcorta, bajó la mirada. No quería cruzarse con un recuerdo con cara de calle.

Pidió bajarse en Plaza Sicilia. Pagó sin esperar vuelto. Caminó hasta un banco de hierro, pintado de verde por última vez hace varios años. Se sentó. Encendió otro cigarro. El humo, otra vez, fue un ancla.

Olía a tierra húmeda. A hojas pisadas. A medialuna recalentada y perfume floral barato.

La gente pasaba como si huyera de sí misma. Runners, trajes, carritos de bebé. Todos a algo. Ella no. Ella estaba.

No pensaba quedarse mucho rato. Pero tampoco quería moverse. El silencio de esa esquina era lo más parecido a una tregua.

Cuando el cigarro se consumió en su mano, se levantó. Caminó por Sarmiento hasta Palermo. Debía encontrarse con Julia en un café.

Era uno de esos lugares que se hacen los vintage pero cobran como si tuvieran estrellas Michelin. Lámparas colgantes, música bajita que nadie escucha, paredes con cuadros torcidos a propósito. Mozos con tatuajes y barbas prolijas.

Lua eligió una mesa junto a la ventana. Afuera, la ciudad apuraba.

Julia llegó diez minutos tarde. Como siempre.

Pelo rojo fuego atado con descuido, camperón verde, y esa risa medio rota que nunca se curó del todo.

—Estás igual —dijo, al abrazarla.

Lua sonrió apenas. —No. Estoy mejor disimulada.

Pidieron café negro, sin azúcar. No lo dijeron. El mozo lo supo.

Hablaron de trabajo. Del evento. De clientes intensos. Julia dijo que ahora vivía con una mina que criaba serpientes en casa. Lua no preguntó más.

Y fue justo en ese instante, cuando Julia hablaba del precio de las tintas, que pasó.

Una moto dobló en la esquina. Campera negra, casco cerrado. Ni lo conocía.

Pero el sonido del motor, la curva precisa, el modo de acelerar… algo le pinchó una fibra interna. No era nostalgia. Era más profundo. Memoria de la que no avisa. Como si el cuerpo se acordara antes que la cabeza.

Sacó el celular.

Lo sostuvo un segundo en la mano, sin desbloquearlo. Dudó.

¿Y si ya no usaba el mismo número? ¿Y si del otro lado no contestaba nadie? ¿Y si contestaba él, y eso bastaba para que todo volviera a pesar?

Pasó el dedo por la pantalla, lenta. **No tenía por qué llamar. No le debía nada. No venía a revolver fantasmas. Venía a trabajar.** Eso se repitió. Pero igual fue a "Contactos". Buscó con la letra C.

Cuervo – R.

Lo miró. Como quien mira una puerta vieja, sabiendo que si la empuja... puede no volver a cerrarse.

Y aún así, lo apretó.

—Lua —atendió Rafa, con la voz áspera de siempre—. ¿Cómo estás?

—Bien. Estoy por acá. Vine por unos días. Nada importante. Solo quería saludarte.

Hubo una pausa. Larga. Una que sabía que venía con balazo.

—Lito está muy mal —dijo Rafa, directo—. No sé si llega a fin de mes.

Julia seguía hablando. El mozo traía otra jarra. Un colectivo escupía gente en la esquina. Pero Lua no escuchaba nada.

Solo ese zumbido.

Ese que aparece cuando el pasado te toca el hombro y no podés hacerte el boludo.

MIERCOLES

La habitación del hotel tenía olor a nuevo, pero no a limpio. Ese perfume neutro y forzado que intenta tapar lo que no se puede lavar: el cansancio de los que pasaron por ahí, el silencio incómodo de las paredes, el techo era blanco, liso, sin grietas. Un techo que no decía nada.

Lua escarbo dentro del bolso que estaba sobre el sillón, saco su cuaderno de bocetos y se tiró de espaldas en la cama, con la intención de repasar un diseño que debía tatuar ese mismo día, hojeó el cuaderno sin muchas ganas, más por reflejo que por intención. Entre hojas con diseños nuevos, apareció uno viejo: el lobo. El primero que le tatuó al Flaco, cuando ella ni siquiera sabía de los Cuervos. Se quedó mirándolo un segundo. Después pasó la hoja. Rápido. Como quien cierra esa puerta que no quiere abrir.

Como buscando un poco de inspiración decide mirar para afuera.
La ventana daba a un contrafrente con techos de chapa, cables cruzados y un tanque de agua oxidado que goteaba con ritmo de tortura lenta.

Más allá, la ciudad. Siempre la ciudad.
Con su aliento tibio de panadería y cloaca, con su banda sonora de bocinazos, sirenas y voces mezcladas.
No abrió la ventana. Solo la miró. Estaba cansada, pero no con sueño.

Era ese otro cansancio, el que te pesa en el pecho aunque no hayas hecho nada físico.

Prendió un cigarro.
Sabía que no se podía, pero eso no era problema.
La primera pitada le raspó la garganta.
La segunda la llevó directo al recuerdo.

La casa era chica. De esas que huelen a humedad vieja y ambientador barato.
La cocina siempre tenía algo hirviendo. O algo quemado.
El padre hablaba fuerte. Siempre fuerte.
Tenía esa voz que no se apagaba ni cuando estaba sobrio.
Golpeaba la mesa con los nudillos al hablar, aunque nadie lo contradijera.

A veces, cuando discutían, el padre rompía vasos contra la pileta. Uno solo, cada vez. Siempre el mismo sonido.
El primer tatuaje que se hizo Lua fue en la muñeca, para tapar una cicatriz de vidrio. Nunca dijo eso.

La madre, cuando estaba, caminaba con la mirada clavada en el piso. Como si ahí hubiera algo interesante.
Y el hermano... venía de noche, con los ojos como linternas, y se encerraba en su pieza a escuchar música fuerte. A veces lloraba. A veces reía solo.
Una vez intentó abrazarla. Otra vez la empujó contra la pared.

Lua se había escapado por la ventana a los dieciséis.
No se fue. Se liberó.

Esa diferencia todavía la sostenía.
Había saltado a la calle con una mochila vacía y una dirección anotada en el brazo.
No volvió nunca. Y nadie la fue a buscar.

Apagó el cigarro en el vasito de los cepillos de dientes del baño.
Se lavó la cara con agua fría. Se miró en el espejo.
Estaba más flaca. O más dura. O más cansada.

Le sonó el celular.
Un mensaje del Flaco.
Otro del Rafa.
Uno decía "¿Vas a venir a ver al viejo?"
El otro solo decía "Sigo en el taller. Cuando quieras."

Lua no contestó ninguno.

Abrió la ducha.
El vapor empañó el espejo al instante. Se metió sin esperar que calentara del todo.
El agua la golpeó como un recuerdo más.

Ese miércoles no salió del hotel.
Debía tatuar a una clienta vieja en la habitación, sin querer saber demasiado.
la idea era simple: hablar poco. Cobrar lo justo. terminar rápido.

O eso pensó.

—Lua, querida, ¡qué bueno verte! —La voz de la clienta, una mujer de unos cuarenta y tantos, con un tatuaje de

mariposa descolorido en el tobillo, sonó un poco demasiado alegre para la habitación—. Hace años que no te veía por acá. ¿Volviste para quedarte?

Lua se ajustó los guantes de látex. La máquina de tatuar zumbaba suavemente en su mano, una melodía conocida. —No, Sara. Estoy de paso. Vine por el evento de La Boca.

—Ah, sí, el de los tatuadores. Me contaron. Pero… ¿y tu gente? ¿Ya fuiste a ver al barrio?

Lua la miró de reojo, simulando estar enfocada en el diseño y solo respondió: —Llegué ayer y todavía no pude salir del hotel.

— ¿Y esta? —preguntó Sara, tocando una hoja suelta con un diseño a medio acabar de una geisha.
Lua la miró sin mover la cabeza. —Es de otro cliente. No lo toques.

Sara soltó una risita algo forzada. —¡Ay, perdón, mi amor! Cierto. Siempre tan profesional. Es que me emociona verte. Me acuerdo de cuando andabas con esos… ¿cómo se llamaban? ¿Los motoqueros? Esos tipos enormes con camperas de cuero.

Lua levantó la mirada,

—Sara, silencio. Quiero que tu perro tenga la mirada que se merece.

Sin siquiera darle tiempo a respirar, Sara, más curiosa que adepta a los tattoos, continuó con su interrogatorio:

—¿Seguís teniendo contacto con ellos? Me acuerdo que…Siempre tan atentos. Y Rafa, ¡un señor! ¿Y Lito? ¿Cómo anda Lito? Hace tanto que no sé nada de él. Con lo que te quería, mi vida...

Lua hizo una pausa imperceptible. La aguja de la máquina se detuvo un instante. Su mirada se endureció levemente. Sus ojos verdes se clavaron en los de Sara, sin piedad pero sin maldad, solo un límite. —Sara, necesito concentrarme en el trazo. Sabes que con los retratos la precisión es fundamental. Si no, tu perro va a terminar con cara de gato.

La clienta se encogió de hombros y dirigió su atención al video de musica que de forma indiferente pasaba en la tv de la habitación hasta que Lua termino el tatuaje.

Después de despedir a su clienta Lua se sentó en el piso, en jogging y remera, y se quedó así más de una hora.

Mirando la nada. Escuchando cómo se oxidaba el aire. La habitación, con su olor a nuevo forzado, parecía encogerse a su alrededor, el blanco del techo un recordatorio mudo de las paredes que la contenían.

Estaba entrando la tarde. Lua no había almorzado. El estómago le hizo un leve reclamo, pero la punzada era mínima, casi insignificante. Aunque tenía hambre, tampoco le importaba demasiado. Tenía que ir hasta La Boca, donde en el predio de la convención le iban a

mostrar el espacio destinado para improvisar su estudio ese fin de semana. No quería demoras.

Un golpe suave en la puerta. No era un llamado, era una afirmación. Julia.

—¡Hola, dormilona! —la voz de Julia, ya sin rastro de incomodidad, sonó brillante, demasiado para el plomo de la tarde que se colaba por la ventana—. ¿Lista para el tour artístico?

Lua abrió. Julia llevaba una sonrisa amplia, una energía desbordante que parecía llenar el umbral, y las llaves del auto en la mano. Su entusiasmo, aunque bienintencionado, a veces se sentía como una marea alta, imparable.

—Casi —dijo Lua, agarrando su bolso y la campera. La vieja tela negra se sintió como una segunda piel, un último refugio.

—A veces me cuesta volver… —intentó decir Lua, apenas audible.
—¡Ah! ¡Me olvidé de decirte! En la convención va a haber un tipo que hace realismo 3D, ¡una locura! Tenés que verlo.
Lua se calló. Lo que iba a decir se le cayó entre las puertas del ascensor.

Mientras bajaban, Julia, ajena a los silencios de Lua, empezó a desplegar su plan con una velocidad que a Lua le resultaba agotadora.

—Mirá, estuve pensando. Como tenes que ir al canal para las entrevistas, podríamos ir juntas. Te dejo ahí, hacés tus cosas, y después te paso a buscar. Y para la convención, ni te preocupes, te llevo y te traigo. Va a ser un lío de gente y de taxis, y así te ahorrás el dolor de cabeza.

Lua escuchaba con la mirada fija en los números que parpadeaban en el display del ascensor. Cada piso era una cuenta regresiva. Sabía que Julia lo hacía con la mejor onda, que era su manera de cuidar, de mostrar afecto. Sentía un destello de gratitud, sí, un latido mínimo en el pecho. Pero a la vez, cada palabra, cada propuesta de "ayuda", se le enroscaba en el cuello como un hilo invisible, cada vez más apretado: una intromisión, una restricción a su libertad de ir y venir donde quisiera, cuando quisiera. No ser dueña de su tiempo, de sus movimientos. La vieja sensación de la trampa, de las puertas que se cierran sin que las veas.

Al salir del hotel, el aire de la tarde ya no era gris, sino un plomo más cálido, pero igual de pesado. La ciudad, con su banda sonora de bocinazos y sirenas, parecía reafirmar la intrusión. Julia la miraba, esperando una respuesta, una confirmación entusiasta. Lua le regaló una sonrisa tenue, casi imperceptible, que apenas le movió las comisuras de los labios.

—Muchas gracias, Juli —dijo, su voz plana, con el tono justo para que sonara sincero pero definitivo. Sus manos se aferraban a la correa del bolso, una minúscula señal de tensión—. “Vamos viendo día a día.”

Bajaron del auto, el viento les revolvió el pelo. El predio de la convención en La Boca era un galpón inmenso, con olor a cemento y pintura fresca. Recorrieron el espacio que le asignarían, escucharon las indicaciones de un organizador, y Lua intentó prestar atención a los detalles técnicos, a las conexiones eléctricas, al flujo de gente. Pero la voz de Julia, a su lado, vibraba con ideas para su propio stand, para futuros proyectos, para la vida.

Al terminar el "tour", ya con el sol cayendo y tiñendo el Riachuelo de un naranja sucio, Julia se volteó, con ese entusiasmo que a Lua le resultaba tan ajeno.

—¿Y si buscamos un bar por acá y nos tomamos una pinta? ¿O un café para bajar un cambio? Hay uno que conocí la semana pasada, que hacen un café de especialidad…

Lua sintió un cansancio súbito, una pesadez que no era física. No quería hablar más, no quería forzar más sonrisas. El solo pensar en más preguntas, en más planes compartidos, la ahogaba.

—Gracias, Juli, de verdad —dijo, intentando que su voz sonara con la gratitud que sentía, pero también con la firmeza de un no—. Pero prefiero ir volviendo. Tengo que repasar unos diseños y empezar a idear cómo armar el espacio del stand. Ya sabes, la decoración, la luz…

Las excusas se le escaparon casi sin pensarlo, vacías de realismo. Sabía que Julia, con su agudeza, podía intuir que era una farsa. Pero no quería que se sintiera mal, no quería herirla. Solo necesitaba aire, espacio, el silencio

de sus propios pensamientos. No quería seguir escuchándola, no por mala voluntad, sino por pura saturación.

Julia la miró un instante, sus ojos fijos, buscando algo en el rostro de Lua que nunca encontraba. Luego, asintió, un movimiento lento.

—Bueno, como quieras. Te llevo al hotel.

El viaje de vuelta fue más silencioso. Lua miró por la ventana, la ciudad ya encendiendo sus primeras luces, y el aroma a comida de algún puesto callejero se mezclaba con el olor a humedad del río.

Cuando llegó la noche aun en el hotel, se asomó a la ventana.

La ciudad seguía ahí. Con los mismos ruidos, las mismas luces, el mismo perfume a fritura lejana. Pero ella no era la misma. No lo había sido nunca.

Solo que ahora empezaba a pesarle.

El sonido del teléfono la sacó de su letargo. No era una melodía, sino un timbre sordo, insistente. Miró la pantalla. "Cuervo - R.". Rafa. Había esquivado su mensaje todo el día, pero una llamada era más difícil de ignorar. Contó hasta tres antes de deslizar el dedo.

—¿Lua? —la voz de Rafa era un poco más dura de lo que recordaba, con un matiz de reproche apenas disimulado

—. Pensé que te habías vuelto a perder, bruja. Te mandé un mensaje esta mañana.

Lua suspiró, un sonido casi imperceptible al otro lado de la línea. —Perdón, Rafa. Fue un día complicado. Llegué, tuve que ir a ver el espacio de la convención, se me juntó con una clienta... ya sabes, el caos de siempre.

—Sí, claro, el caos de siempre —replicó él, y esta vez el reproche era más claro. Había un eco de vieja familiaridad en su tono, pero también una distancia forzada

—. ¿Y el mensaje del Flaco? ¿Tampoco lo viste?

La mención al Flaco la golpeó con la fuerza de un puñetazo, a pesar de que ya lo sabía. El zumbido que había sentido con la moto del desconocido volvió a sonar, más fuerte, en sus oídos.

—Lo vi —admitió Lua, y su voz, que antes era de acero, sonó un poco más suave, un poco más quebrada

—. Estoy... estoy tratando de digerir todo. ¿Qué tan mal está Lito?

Hubo una pausa al otro lado, un silencio pesado que se extendió por la línea, cargado de lo no dicho. El rumor lejano de Buenos Aires se colaba por su ventana.

—Está en el hospital de Lanús. Ya no es el mismo, Lua. Apenas reacciona. El Flaco va a ir mañana por la mañana. Te conviene ir. Es… importante que los veas.

Lua cerró los ojos. Podía sentir el peso de la responsabilidad, la vieja lealtad que creía haber enterrado bajo kilómetros de asfalto. La voz de Rafa no era una orden, era una verdad.

—¿A qué hora? —preguntó, y la palabra le salió con un esfuerzo que no se permitía mostrar.

—Tipo diez. Te paso la dirección por mensaje. Y no llegues tarde.

Rafa cortó sin despedirse. Típico de él. Lua bajó el celular de la oreja. La pantalla se apagó, dejando su reflejo desdibujado. El cansancio del que "ahora empezaba a pesarle" se hizo más profundo, más real. El día siguiente, el jueves, no sería solo una visita al hospital. Sería un encuentro con la gravedad.

Lua Apoyó el celular boca abajo en la mesa de luz.
Se quedó mirando el techo liso. Y pensó *“Mañana voy. Pero no prometo quedarme.”*

JUEVES

La lluvia llegó con el amanecer. No era una llovizna melancólica: era una cortina gris y densa que castigaba sin clemencia los vidrios del taxi. El cielo se había vuelto un charco suspendido sobre la ciudad. Las gotas, como dedos apurados, resbalaban por la ventanilla. Lua las seguía con la mirada, con la boca seca y un sabor metálico en la lengua. El sabor de las mañanas que pesan. Las que sabés que te van a “pegar”.

El auto avanzaba por calles encharcadas, entre colectivos que escupían vapor y autos que parecían barquitos perdidos. Adentro, el aire estaba tibio, saturado de humedad y con un leve de rutina urbana, como si el asiento trasero arrastrara la memoria de mil pasajeros. Lua apoyó la frente en el vidrio, como buscando enfriar los pensamientos.

Siempre creyó que la distancia curaba. Que los kilómetros deshacían los nudos. Pero ahí estaba, con el estómago revuelto y la certeza de que nada se había desatado. Se preguntó si Lito la reconocería. Si valía la pena exponerse. Si volver era una muestra de coraje... o de derrota.

El Hospital de Lanús emergió entre la bruma como una bestia vieja. Ladrillos gastados, ventanas que lloraban condensación, techos con parches de otro siglo. En la entrada, paraguas escurriendo, caras mojadas, urgencias. Al cruzar el umbral, el golpe de olores fue inmediato: lavandina rabiosa, sangre vieja, desinfectante

barato, algo rancio, algo indefinible. La mezcla que tiene el olor de la espera, del final.

La sala estaba llena. El frío no venía del aire, sino de las paredes, de los huesos. Lua lo sintió metérsele por las mangas. En un rincón, encogido sobre una silla plástica, estaba El Flaco. Mismo cuero, misma postura. Pero más gastado. Más chico. Cuando la vio, levantó la cabeza y solo asintió. No sonrió. No hacía falta.

Caminaron en silencio. El pasillo parecía eterno. Zumbido de tubos fluorescentes, pasos arrastrados, murmullos de fondo. Lua sentía que cada paso era un ladrido del pasado.

La habitación de Lito era pequeña, aséptica. Una ventana daba a un patio interno donde la lluvia empapaba una maceta sin plantas. Lito estaba ahí, envuelto en sábanas blancas como si fuera parte del mobiliario. Su cara, antes llena de picardía, era ahora una hoja de papel. Respiraba por la boca, con esfuerzo. Al verla, sus párpados se movieron apenas.

Lua se acercó despacio. Se le secó la garganta. El corazón le golpeaba contra las costillas.

—La... bruja... —susurró Lito. Sonrió. Una curva mínima en los labios. Miró a El Flaco—. ¿Te acordás, Flaco...? Cuando te estaba haciendo el lobo y te quejaste como nene. Y ella... que te dijo que nadie iba a ver tu espalda con esa cara...

El Flaco rió por lo bajo, pero con ternura. Lua sintió que ese recuerdo, lanzado como una bengala, la había alcanzado. Se vio a sí misma, adolescente, con la máquina en la mano y fuego en la mirada.

—Y vos... —siguió Lito, ahora más débil—. Vos le dijiste que siguiera. Que después te lo terminaba con un pico de oro...

La voz se apagó. La sonrisa también. Pero había quedado flotando esa escena: una piba tatuando a los gigantes.

El Flaco se acercó, posó su mano enorme en el hombro de Lua. Lo hizo con una suavidad imposible para su tamaño.

—Lo que quiso decir, Lua, es que nunca te fuiste del todo. Que vos eras parte. Aunque volaras. Aunque te hicieras humo.

Lua no respondía. Los ojos fijos en Lito. La garganta cerrada.

—Pero sí fuiste del vuelo —dijo El Flaco—. Sos Cuervo, aunque te revuelvas. Aunque huyas. Y Lito... siempre te miró distinto. Como artista. Como hija. Como algo que no se podía explicar.

La habitación quedó en silencio. Solo los pitidos de los monitores.

—No sé qué decir, Flaco —murmuró Lua—. Nunca quise quedarme. Pero nunca dejé de acordarme. Nunca dejé de ser.

El Flaco apretó su hombro.

—Lo sabemos. Por eso estás acá.

En ese momento, la puerta se abrió bruscamente. Rafa apareció empapado, con el cuero oscuro pegado al cuerpo. Se sacudió como un perro.

—¡La puta madre! Me agarró un bondi en la esquina. Me bañó entero, loco. ¡Esto no es lluvia, es venganza climática! Y encima este hospital huele a velorio con guiso de porotos.

Lua sonrió apenas. El Flaco negó con la cabeza. Rafa, notando la atmósfera, bajó un cambio. Se acercó a Lito, le tocó el brazo.

—Estamos todos, viejo. Quedate tranqui.

Después, miró a Lua, y sin filtro:

—Bien, Rafa. Arranqué en un estudio grande al principio, el que me convocó. Pero ya sabés cómo soy. Necesito mi aire. Con un poco de esfuerzo y laburo duro, conseguí armar mi propio estudio. Ahora soy yo la que convoca a otros artistas, de todos lados. Está bueno. Tranquilo.

Rafa asintió, su mirada recorriendo a Lua, notando el brillo diferente en sus ojos, la forma en que se erguía.

—¿Y seguís andando en moto, o te hiciste cheta?

Preguntó, con una sonrisa pícara, un intento de volver a la vieja familiaridad.

Lua soltó una risita seca, algo que Rafa no escuchaba hace años.

—No, en moto ya no. El caos de la Ciudad de México es otra cosa. Me compré un Smart, de esos chiquitos eléctricos. Para moverme. Es un juguetito.

—¿Un Smart? ¡Jajaja! ¿La bruja del asfalto en un juguetito eléctrico? No te lo creo

Rafa se rio de buena gana, el sonido resonando en el pasillo del hospital . Luego, con un guiño, lanzó la pregunta inevitable:

—. ¿Y de amores, Lua? ¿Algún mexicano que te haya domado la fiera?

Lua lo miró de reojo, la sonrisa no se le borró. Entendía el juego.

—Salí con algunos chabones… y con algunas chicas también

Dijo, y le guiñó un ojo a Rafa, un gesto cómplice que lo hizo abrir más los ojos, sorprendido y divertido. Luego, su tono se volvió más serio, pero sin perder la ligereza

— Pero no, Rafa. Nada serio. Nada duradero. Ya sabés, ese no es mi estilo. La jaula no me va.

Rafa asintió, el humor se desvaneció un poco, y por un momento la verdad no dicha de la vida de Lua flotó entre ellos. Luego, se encogió de hombros, como si entendiera.

VIERNES

El viernes amaneció nublado, con un viento terco que arrastraba el olor a río y a humedad desde La Boca. El cielo intentaba despejarse, con unas tímidas pinceladas de azul que asomaban entre el gris, pero la promesa de sol se sentía lejana. Para Lua, era como el día anterior: un reflejo de su propio ánimo. La visita al hospital, con el rostro de Lito y las palabras del Flaco y Rafa, le habían dejado un sabor amargo en la boca. Un sabor a lo que fue, a lo que se perdió, una evocación lo que aún no podía desprenderse a pesar de los años y la distancia.

Se fue sola al predio de la convención. El aire de Buenos Aires le pegaba en la cara, frío y conocido, mientras caminaba por las calles llenas de murales, de grafitis que gritaban historias mudas. Al llegar al galpón, el ruido la envolvió al instante: el zumbido constante de las máquinas de tatuar, el murmullo de las voces, el olor a tinta fresca, a desinfectante y a café quemado. Era su mundo, el que había elegido. Un mundo donde no había lugar para el silencio de los hospitales ni las preguntas que no quería responder.

Su espacio estaba listo. No era solo un stand, era una extensión de ella misma, un micro-universo montado con la precisión de quien sabe lo que hace. Una mesa de trabajo impoluta, la silla de tatuar de cuero negro, reluciente, y sobre ella, sus máquinas, pulcras, de acero bruñido, esperando, listas para zumbar suavemente como insectos eléctricos,.

Las paredes del cubículo improvisado no eran simples paneles. Había colgado reproducciones de sus diseños más reconocidos: calaveras mexicanas con ojos profundos, cuervos con plumajes imposibles, geishas que parecían cobrar vida en la tinta. No eran solo dibujos; eran piezas de arte que revelaban su dominio de la línea, la sombra y el color. Entre ellos, discretas pero presentes, se veían fotos: Lua en otras convenciones, con los brazos en alto, recibiendo premios y ovaciones de multitudes borrosas. Pequeñas pruebas de su trayectoria internacional.

Sobre la mesa, además de las tintas y agujas dispuestas con una simetría casi obsesiva, había un par de objetos traídos de sus viajes: una pequeña calavera de azúcar del Día de Muertos en Oaxaca, un amuleto tibetano de hueso tallado, y una miniatura de una motocicleta clásica, un guiño a su propio pasado. Todo dispuesto con un minimalismo elegante, dejando que el arte hablara por sí mismo.

Se sentó en su banqueta, ajustó el respaldo del sillón y repasó mentalmente la agenda del día. Eran cuatro turnos. Todos cerrados por Instagram semanas atrás. Rostros nuevos, piel virgen. Lo justo para mantener la cabeza ocupada.

El primero llegó puntual. Un pibe con cara de no haber dormido, quería una brújula con el norte quebrado. Le gustó la idea. Mientras trabajaba, dejaba que el zumbido de la máquina la envolviera. Era su idioma. Uno sin verbos ni preguntas.

Al segundo cliente ya no lo escuchó del todo. Algo en su cuerpo estaba tenso. Una incomodidad que no sabía de dónde venía. Hasta que lo vio.

Lua tatuaba. Su mano era firme, precisa, experta. El dolor ajeno, el de la aguja sobre la piel, era un sonido más en la sinfonía de la convención. Hablaba con colegas, intercambiaba técnicas, comentaba los nuevos pigmentos.

Se movía entre la gente con la soltura de una profesional, con la máscara puesta. Fingía estar bien. Fingía que lo acontecido desde su llegada al país había sido solo un sueño. Fingía que su corazón no latía con un ritmo diferente cada vez que pensaba en Lito o en el camino que la había traído de vuelta.

La jornada avanzaba y la gente se agolpaba en los pasillos, admirando los trabajos, buscando inspiración. Lua estaba terminando un diseño complejo en el brazo de un muchacho, cuando su mirada se desvió por inercia hacia un grupo que observaba unos bocetos colgados en una pared cercana. Estaba del otro lado del pasillo, en un stand vecino. No tenía puesto el chaleco del club, pero sus tatuajes hablaban por él. Estaba más flaco. Más grande. Pero era él. Esa mezcla de ternura silenciosa y espalda ancha. Lo vio justo cuando levantaba la vista. Y, como si el tiempo hubiera tenido ganas de joder, se cruzaron las miradas.

Fue un segundo. Nada más. Pero bastó. . Era él. Mateo.

Su corazón dio un salto. No una patada, sino un latido seco, apretado. Él estaba de espaldas. Ella apenas vio un perfil. Por un instante, el zumbido de su máquina pareció silenciarse, y el ruido de la convención se volvió un eco lejano. No lo podía creer. Después, la cabeza le hizo un clic. Estaba ocupada, con el cliente, con la aguja, con el trazo. Era solo una figura entre cientos, una sombra en la periferia. No era el momento. No le dio mucha relevancia. Bajó la vista, volvió a la piel. Su mano siguió trabajando, imperturbable.

Pero la visión se le quedó pegada en la nuca. Y, como una ola que llega a la orilla sin que la invites, el recuerdo se le vino encima.

El sol se les pegaba en la piel. Iban en la Fiera, por alguna ruta perdida, el viento les silbaba en los oídos. Lua iba abrazada a él, la cara escondida en su espalda, el olor a cuero y a nafta mezclado con el suyo. Eran kilómetros y kilómetros de nada más que ellos dos, el motor rugiendo bajo sus piernas.

Mateo frenó de golpe en el medio de la ruta. No había un alma. Solo el asfalto que se perdía en el horizonte y el cielo inmenso. Lua se despegó, extrañada. Él se bajó, apoyó la moto en la patita y se quedó parado al costado, mirando al vacío.

—¿Qué pasa, gordo? —preguntó Lua, la voz amortiguada por el casco.

Mateo se sacó el casco, el pelo revuelto por el viento. La miró, sus ojos, que normalmente eran oscuros y profundos, brillaban con una luz rara.

—No sé, bruja

Dijo, su voz un susurro que el viento casi se llevaba

— A veces… a veces siento que todo esto es un sueño. ¿Vos también lo sentís? ¿Que un día nos vamos a despertar y no vamos a estar acá, así?

Lua se bajó de la moto. Se paró frente a él, el viento le revolvía el pelo. Se sacó el casco. Lo miró a los ojos. No había mentira en su mirada, solo una verdad cruda.

—No seas boludo, Mateo

Dijo ella, con esa voz que siempre le salía un poco más áspera de lo que quería

— Esto es real. Esto es lo único real que hay. Vos y yo, en el medio de la nada. El viento. La ruta. No hay más. No hay que pensar. Solo sentir.

Y se le colgó del cuello. Lo besó. Un beso que le supo a libertad, a asfalto caliente, a la promesa de no mirar atrás. Un beso que le arrancó un gemido a Mateo. Sus manos se aferraron a la espalda de él, sintiendo el calor de su cuerpo, la dureza de sus músculos. Se besaron ahí, en el medio de la nada, con el viento de testigo, hasta que el aire les faltó.

Después, volvieron a subirse a la moto. Mateo aceleró. Lua se abrazó a él, cerró los ojos y se dejó llevar por la velocidad, por el rugido del motor, por el latido de Mateo que se le pegaba a la espalda. Era la única manera que conocía de sentir la libertad sin que doliera.

El zumbido de la máquina de tatuar volvió a llenarle los oídos. El olor a tinta y desinfectante la trajo de golpe al presente. Lua bajó la cabeza. La melancolía se le enroscó en el pecho como una víbora dormida. La libertad, a veces, raspa. Sobre todo cuando el pasado se planta delante tuyo, intacto, como si el tiempo no lo hubiera tocado.. Dolía el silencio, la distancia. Pero no se discutía. Era el precio. Y ella, desde piba, siempre había estado dispuesta a pagarlo.

SÁBADO

El sábado en La Boca fue una explosión de ruido y color. El galpón, que el día anterior olía a cemento y pintura fresca, ahora vibraba con la energía de cientos de personas. El zumbido de las máquinas de tatuar era un coro ininterrumpido, una sinfonía metálica que se mezclaba con el murmullo de las voces, la música de fondo y las risas dispersas. El aire estaba cargado de olor a tinta, a desinfectante, a café y a ese perfume dulzón de la piel recién trabajada. Una galería de arte improvisada, viva y en constante transformación.

Lua se movía por su stand con la soltura de quien está en su propio reino. Había una fila constante de clientes esperando, y otra de curiosos solo para verla trabajar. Daba un taller rápido sobre técnicas de sombreado, su voz clara y firme, proyectada por un pequeño micrófono que usaba con desgano. Firmaba autógrafos en bocetos y remeras, sonreía para fotos, respondía preguntas sobre su vida en México, sobre el futuro del tatuaje. Se mostraba plena, espontánea, con esa firmeza que no admitía dudas. Era la artista internacional, la bruja del asfalto que había conquistado otros caminos, y disfrutaba de ese reconocimiento. El ruido afuera, el brillo en sus ojos, el aplauso de la gente.

Mientras delineaba una compleja flor de loto en la nuca de una clienta, sintió una presencia a su lado. Era un pibe, de unos veinte y pocos, con una campera de cuero impecable y un tatuaje recién hecho en el cuello: un cuervo. Claramente, un prospect, un futuro miembro de

la familia. La miraba con una mezcla de admiración y cautela.

—Disculpá, ¿sos Lua, la Bruja? —preguntó el pibe, con una voz un poco nerviosa, pero firme.

Lua levantó la mirada de la aguja, una ceja arqueada. —Depende para qué.

—Ah, no, disculpá. Es que te vi en una foto. En la sede del club, ¿viste? Sos la bruja de los Cuervos.

Lua asintió lentamente, una sonrisa mínima, casi imperceptible, se dibujó en sus labios. El reconocimiento, la familiaridad. La frialdad cordial.

—Ajá —dijo, volviendo la vista a la aguja, sin darle la oportunidad de profundizar—. ¿Necesitabas algo? ¿Un turno, quizás?

El pibe pareció dudar, luego negó con la cabeza. —No, no. Solo… solo quería saludarte. Pensé que no te iba a ver por acá. Es un honor.

—El honor es mutuo —respondió Lua, su voz profesional, marcando la distancia, cerrando una puerta invisible. El zumbido de su máquina se hizo más fuerte, como una barrera—. Disculpá, estoy con trabajo.

El pibe asintió, entendiendo la señal, y se alejó con respeto, dejándola en su burbuja de tinta y concentración. Lua siguió tatuando, el pulso firme, pero la dualidad, ese ruido de fondo en su cabeza, no dejaba

de resonar. La bruja de los Cuervos, la artista internacional. Dos mundos, una sola mujer.

El cierre del evento fue tibio. Gente cansada, aplausos educados, intercambios de tarjetas y promesas de colaboración que nunca se cumplen. Julia vino a buscarla

—¡Estuviste increíble, Lua! —dijo Julia, con su energía inagotable, mientras la guiaba hacia el auto—. La gente estaba fascinada con tu taller. Y ese diseño de la flor de loto, ¡una obra maestra! Me preguntaron un montón por vos.

Lua se dejó caer en el asiento del copiloto, agradecida por el silencio relativo del auto. El olor a tapizado, a combustible, el contraste con el torbellino de la convención.

—Sí, fue un buen día —respondió Lua, con la voz un poco ronca, forzando un tono normal.

El auto se movía por las calles de ciudad, ahora menos ruidosas, pero aún con el eco de la fiesta. Julia, sin embargo, no podía contener la emoción.

—Ah, y escuché un murmullo… un chisme de pasillo —dijo Julia, bajando un poco la voz, como si contara un secreto. Sus ojos brillaban en la penumbra del auto—. Parece que los organizadores… te están preparando un reconocimiento especial por tu trayectoria. Por todo lo que hiciste fuera del país. Seguramente te lo van a anunciar mañana, al final de la convención.

Lua sintió un cosquilleo, una leve punzada de satisfacción que se mezclaba con una sorpresa que simuló a la perfección. —Ah, ¿sí? ¿Reconocimiento? Mirá vos. No tenía idea.

Julia la miró con complicidad. —¡Dale, Lua! Si vos sos una eminencia. Era obvio. Te lo merecés.

Mientras Julia seguía hablando de detalles, de quiénes estarían, de lo importante que era ese premio, Lua asintió, su mente en otra parte. Por dentro, la noticia apenas le hacía mella. Su cabeza no podía sacarse la imagen de Mateo de la cabeza. Su espalda ancha en el galpón, la forma en que sus ojos se encontraron por un segundo. Un fantasma, una melodía que no dejaba de sonar. El ruido afuera, el silencio adentro. La dualidad se marcaba, profunda.

Llegaron al hotel. El aroma a pino artificial la recibió con la misma frialdad de siempre.

—Chau Juli, hasta mañana —dijo Lua, bajando del auto con una rapidez casi ansiosa.

Julia la despidió con la mano. Lua cerró la puerta. Y en lugar de entrar al hotel, en lugar de subir a la habitación que no la esperaba, se dio la vuelta. La llovizna fina de la noche le pegaba en la cara, fresca, como una bofetada helada que buscaba despertarla. La ciudad estaba más callada que de costumbre, con sus luces de neón parpadeando en la distancia, como si contuviera el aliento, esperando.

Se sentó en la vereda de un local cerrado. Sacó un cigarro. No lo prendió. Lo giró entre los dedos.

Pensó en Mateo. En su mirada sin reclamo. En ese segundo donde todo se dijo sin palabras. En lo que no fue, en lo que sí. En que, tal vez, él había entendido. Que Lua no había elegido irse por falta de amor. Sino por exceso de miedo.

"Ya está, loca. Dale. Eso ya fue. Página nueva, ¿no?" se recriminó a sí misma, una voz interna que sonaba ajena, forzada, como un eco de los consejos que siempre daba a otros. "No hay que mirar para atrás. Lo que pasó, pasó. No hay vuelta atrás. Vos elegiste, ¿o no? Esto es lo que querías, tu libertad. Nadie te ató nunca a nada. Soltá. Ya está. Mañana es otro día, y tiene que ser un gran día. ¡A laburar y a disfrutar! Los fantasmas, en el placard."

Era un discurso aprendido, una armadura de palabras vacías que se había construido con los años para repeler cualquier atisbo de nostalgia o arrepentimiento. Lo repetía como un mantra, no para convencerse a sí misma, sino para silenciar esa punzada que seguía latiendo en algún lugar recóndito. Como si hablar con una extraña fuera más fácil que confrontar su propio sentir.

Pero sus pies, tercos y sabios, la llevaron en dirección contraria a la entrada, ignorando la promesa de una cama y un techo. Buscaban el asfalto mojado, el aire cortante, la soledad densa de la noche que se tragaba los ruidos. Otra vez. Porque a veces, solo la calle, abierta y sin límites, podía disimular la jaula que sentía dentro.

Miró el cielo sin estrellas.

“Fui parte de algo que me marcó para siempre. Pero no todos los que marcan se quedan.”

Eso escribió en su cuaderno, al volver al hotel. Después apagó el celular. Y durmió.

DOMINGO

El domingo amaneció con ese fresco de otoño que solo Buenos Aires sabe regalar. Un frío que no te congela, pero te despierta. El cielo estaba claro, de un azul pálido, casi transparente, con pocas nubes que se movían lentas, como borrones de tiza. El viento, más suave que el día anterior, traía el aroma del río y un dulzor a pasto mojado, como si la ciudad se hubiera lavado el alma después de la lluvia. Era un día que prometía, pero la promesa no alcanzaba a disipar la melancolía que a Lua se le había pegado en el cuerpo.

Desde temprano, el galpón hervía. El aire denso, las máquinas zumbando como enjambres, la energía pegajosa de la gente que ya estaba al límite. El cansancio ya empezaba a hacer mella. Lua sentía el zumbido constante de las máquinas no solo en los oídos, sino en los huesos. La multitud, que el sábado le había parecido una fuente de energía, ahora era una masa compacta, ruidosa y exigente. El agobio de estar rodeada de tanta gente durante tanto tiempo, de mantener la máscara de la artista internacional, empezaba a asfixiarla. Su improvisado estudio, con su orden casi obsesivo y sus objetos traídos de otros continentes, se había convertido en un refugio, pero incluso ahí sentía las paredes de cristal que la separaban del resto.

Estaba terminando un intrincado dragón oriental en el hombro de un tipo grandote, cuando sintió la necesidad imperiosa de escapar. No era solo el aire viciado; era el peso de las miradas, de las preguntas superficiales, de la misma energía de la convención que la absorbía. Su

mano, aunque firme, empezaba a sentir el cansancio. "Un cigarro", pensó, "necesito un cigarro y cinco minutos de aire de verdad".

Con la última línea del dragón terminada, se quitó los guantes con un movimiento brusco, casi impaciente. Le hizo un gesto a uno de sus asistentes, indicándole que se hiciera cargo del cierre con el cliente, y sin decir una palabra, se dirigió hacia la salida lateral. La puerta de metal, al cerrarse a sus espaldas, amortiguó el estruendo de la convención, dejándola en un silencio relativo que casi podía tocar.

Afuera, el sol de la tarde se inclinaba, tiñiendo el asfalto mojado con un oro pálido. El aire fresco le pegó en la cara, y el humo de su cigarro, al salir de sus pulmones, se deshizo rápido en el viento. Estaba ahí, apoyada en la pared de ladrillos del galpón, mirando la nada, cuando lo vio.

Mateo.

Estaba a unos metros, también apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos de un jean gastado, mirando el horizonte. Su campera de cuero, esa misma que había olido en sus viajes, se veía un poco más curtida, con la nobleza de lo vivido. El pelo, un poco más largo que en la ultima foto, le caía sobre la frente. Había una sombra de cansancio en sus ojos, los mismos ojos oscuros que la habían mirado con adoración, con desafío, con despedida.

El corazón de Lua, que creía tener bajo control, dio un vuelco. No un golpe, sino un retorcimiento lento y doloroso. La ceniza de su cigarro se cayó al piso. No le dio tiempo a pensar.

Mateo la vio. Sus ojos se encontraron en el crepúsculo del atardecer. Ni una sonrisa. Ni una palabra. Solo la verdad desnuda. Él se irguió lentamente, y Lua se quedó quieta, expectante, el cigarro entre los dedos, olvidada de todo.

Dio un paso. Luego otro. Se acercó a ella con esa calma que siempre lo había caracterizado, esa que a Lua le había parecido fortaleza y a veces, una condena. Se detuvo a menos de un metro. El silencio entre ellos era denso, pesado, cargado de todo lo que no se habían dicho en años. El viento les revolvió el pelo, trayendo el olor a lluvia vieja y a la promesa de un reencuentro que nunca fue.

—Hola, bruja —la voz de Mateo era grave, suave, como el ronroneo de un motor que regulaba bajito. Le habían puesto ese apodo hace tanto tiempo, que sonó a eco de otra vida.

Lua sintió un escalofrío que no era de frío. —Mateo —respondió, su voz apenas un hilo, casi irreconocible para sí misma. La vieja defensa de la aspereza se había esfumado.

Él no sonrió. Solo la miró, con una intensidad que la atravesaba. —No pensé que te ibas a quedar. El Flaco

me dijo que estabas acá, pero… no sé. Imaginé que ibas a llegar, ver a Lito y rajar.

Lua parpadeó, sintiendo la punzada de la verdad en sus palabras. —No. Me quedé por la convención. Tenía compromisos.

Mateo asintió lentamente, su mirada no se despegaba de ella. —Sí. Te vi ayer. La gente te aplaudía. Sos… grande, Lua. Una artista de la puta madre, te felicito.

El cumplido se sintió como una caricia inesperada, y a Lua le dolió más que un reproche. Bajó la vista hacia su cigarro, luego lo tiró al piso y lo apagó con el pie, con un gesto de control que no sentía.

—Y vos, ¿qué? ¿De nuevo por acá? —preguntó, intentando sonar casual, intentando desviar el foco de esa intimidad forzada.

Mateo se encogió de hombros, con esa misma naturalidad que siempre la había desarmado. —Tuve que venir a ver al viejo. Lito… está mal. El Flaco me avisó. Me hizo venir. Es la familia, ¿viste? Por más que uno… se aleje.

La última frase la dijo con una leve pausa, una indirecta que no era directa, pero que a Lua le taladró el pecho. Era la vieja herida, el viejo reproche, disfrazado de verdad.

—Sí, lo sé —respondió Lua, su voz un poco más firme. No iba a permitir que se hundieran en ese fango. Ya no.

Se quedaron en silencio, el viento silbando entre ellos, llenando el espacio vacío que antes habían ocupado palabras, promesas, risas. Era una conversación tensa, pero extrañamente sincera. No había acusaciones, solo un entendimiento tácito de lo que había pasado. Él estaba distinto. Una fortaleza que antes no tenía en la mirada. Ella también. La vida en el exterior, el éxito, no habían borrado las cicatrices. No sabían si era nostalgia lo que sentían, o un dejo del cariño profundo que se habían tenido. Ninguno lo entendía, pero ninguno se atrevía a nombrarlo. Nombrar era volver a abrir la herida.

Fue entonces cuando, sin previo aviso, la mente de Lua se hundió en el pasado, arrastrada por la familiaridad de los ojos de Mateo y el aire frío de la tarde.

La Fiera rugía bajo ellos. Iban por la Panamericana, de noche, escapando de la ciudad, de los problemas, de todo lo que los ahogaba. El aire era frío, pero el cuerpo de Mateo era un horno contra su espalda. Lua iba abrazada a él con fuerza, la cara pegada a su campera, sintiendo cada latido de su corazón a través del cuero. El viento les secaba las lágrimas que no sabían que estaban llorando.

Habían planificado. Otra vez. Sobre el futuro. Sobre la libertad. Sobre el nido que él le ofrecía y que ella pensaba no querer, Lua ya sabia el final de esa historia.

Mateo frenó fura de su edificio, estaba oscuro, Las luces de la ciudad, para ellos lejanas, parecían una mancha de estrellas artificiales. El motor se apagó. El silencio los

envolvió, solo roto por el sonido de sus propias respiraciones agitadas.

Se bajaron de la moto, casi al mismo tiempo. Se miraron en la oscuridad, las siluetas borrosas.

— Te quedas? Pregunto Mateo

Lua sintió un nudo en la garganta. La verdad le quemaba en la punta de la lengua. Quería decirle que sí, que se quedaba, que lo amaba, que él era su hogar. Pero algo más fuerte, algo indomable, se lo impedía. Una necesidad visceral de irse, de volar sola, sin jaulas, sin nidos.

Por dentro pensaba

“No puedo, Mateo casi un sollozo ahogado—. No puedo. Yo no soy de acá. No soy tuya. No soy de nadie. Necesito… necesito el aire. Necesito la ruta abierta. Sola.”

Pero solo atino a decir:

Vamos al Taller de Rafa

Ya en lo de Rafa, el taller no solo olia a combustible y aceite, también olía a final.

Lua lo miró. Directo. Sin adornos.

—Me voy —dijo.

Mateo parpadeó.

—¿Cómo?

—Me voy del país. Me salió una oportunidad… afuera. Y la voy a tomar.

Mateo no sabía sí abrazarla o pedir más detalles. Pero ella no le dio opción.

—No lo planeé así. Pero me di cuenta que… estoy en otra. Que este mundo —señaló el taller con la cabeza—, el club, todo esto… ya no vibra igual conmigo. Y vos sos parte de eso, Mateo.

Mateo bajó la mirada. Se le rompía el pecho. Pero no dijo nada.

Lua sintió unas lágrimas. Eran suyas, o de él, o de ambos. No lo sabía. Pero dijo nada mas

El sol ya se había puesto por completo. Las luces de la calle se encendieron, proyectando sombras largas y fantasmales. El frío del otoño se hizo más intenso. Lua y Mateo seguían ahí, en silencio, los ecos del pasado reverberando entre ellos. Habían revivido un adiós que no habían pronunciado en voz alta.

—Bueno —dijo Mateo finalmente, su voz cortando el aire como un cuchillo—. Me tengo que ir. Tengo que volver al hospital. El Flaco se va a quedar un rato más.

Lua asintió. No dijo nada. La garganta la tenía seca.

—Cuidate, bruja —murmuró Mateo, su mirada fija en ella, un último rastro de dolor y cariño mezclados.

Mateo se acerco a ella como para besar su mejilla y Lua solo se apretó contra él un instante más, intentando grabar en su piel la sensación de su abrazo. Luego, se separó. Y fiel a su personalidad solo dijo “Chau Mateo” y él sin esperar otra palabra, se dio la vuelta. Caminó por el asfalto mojado, su figura perdiéndose entre las sombras. Lua se quedó ahí, viendo cómo se alejaba, el mismo sentimiento que la había inundado aquella última noche. El dolor maduro. El de saber que había un amor que aún latía, pero al que había elegido no volver. La despedida silenciosa. La que se da sin palabras, solo con el peso de la ausencia. La libertad, ahora, no solo dolía, sino que dejaba un vacío. Y por primera vez, desde hacía mucho, Lua sintió que su libertad también tenía forma de pérdida. Y que ese vacío, aunque propio, dolía como algo que se deja ir sabiendo que no va a volver..

LUNES

El lunes se despegó del mundo con un cielo tan azul que parecía querer pedir disculpas por todo lo anterior.. Las nubes, si las había, eran apenas flecos blancos que se disipaban en la inmensidad. El aire era fresco, liviano, con ese aroma a limpieza con la ciudad lista para otro comienzo. Era un día perfecto para irse. Buenos Aires, pensó Lua, la estaba dejando ir.

Después de un desayuno rápido y solitario en el hotel, y de dejar su equipaje mínimo listo para el taxi al aeropuerto, Lua tomó una decisión impulsiva. Un arranque de nostalgia, un tirón en el pecho que no pudo ignorar. No llamó a nadie, no avisó. Solo caminó. Sus pies, que tan tercamente la habían llevado lejos la noche anterior, ahora la guiaban hacia el sur, hacia Lanús, hacia la sede de los Cuervos.

Las calles estaban tranquilas para un lunes a la mañana. La gente se movía con la prisa de la rutina, ajena a su propio viaje. El sol de otoño dibujaba sombras largas en las veredas. Cuando paso la estación del tren en esa esquina familiar, la vio.

La sede de los Cuervos del Sur.

Un galpón inmenso, de ladrillos viejos, con un mural descolorido en una de sus paredes: un cuervo gigante con las alas extendidas, una moto debajo, y la palabra "LEALTAD" escrita en una tipografía ruda. Las rejas altas, de hierro forjado, estaban cerradas. Un candado oxidado colgaba de la traba principal. No había un alma.

Parecía detenida en el tiempo, una foto viva de lo que había sido, o de lo que aún era en su memoria.

Lua se detuvo frente a la reja, las manos en los bolsillos de su campera, la mirada perdida en los detalles: una calcomanía vieja de un evento de motos, un grafiti con la firma de algún Cuervo que ya no estaba, el óxido comiendo el metal en los puntos donde la pintura se había saltado. Caminó despacio por la vereda, como si cada paso sobre esas baldosas rotas resonara con un recuerdo. Podía escuchar las risas, el rugido de las motos entrando y saliendo, el sonido de las chapas en la parrilla, los viejos rock and roll sonando a todo volumen en las noches de asado.

Eran ruinas, para ella. Ruinas de un tiempo que no volvería, pero que la había moldeado. Y al mismo tiempo, el lugar donde supo lo que era la pertenencia, antes de elegir la fuga.

Sacó de su bolsillo un pequeño boceto. Lo había hecho hace ya varios años, casi en otra vida, en la penumbra de su habitación, mientras el silencio se le metía en los huesos. Era un dibujo minucioso, delicado y a la vez fuerte: un corazón mecánico, con engranajes y tuberías, pero con unas alas de cuervo, negras y poderosas, desplegadas a los costados. **Mitad club, mitad fuga.**

Miró el dibujo, luego la reja. Pensó un segundo. No era una despedida. No era un regreso. Era solo… una señal. *“No volví por ustedes. Volví por mí,” pensó, mientras doblaba el papel.*

Con cuidado, deslizó el papel por una de las bisagras del portón principal, la más cercana al candado, asegurándose de que el viento no se lo llevara y que, al mismo tiempo, fuera visible para quien llegara. No quería que fuera un acto para ella. Quería que fuera un mensaje. Una huella.

Nadie la vio llegar. Nadie la vio irse. El silencio de la calle la acompañó mientras se alejaba, dejando atrás el metal oxidado y el cuervo pintado en la pared. El cielo estaba límpido, y la ciudad la dejaba volar de nuevo.

Más tarde, esa misma noche.

La luna, llena y plateada, iluminaba la calle de Lanús. La había entrado hacía horas, dejando el aire limpio y las veredas brillando. Las luces de la sede de los Cuervos estaban encendidas. El Flaco y Mateo llegaban para terminar de ordenar unos papeles, preparando las facturas y los pagos correspondientes al club.

—Ya estoy seco de números, Flaco —dijo Mateo, estirándose, con un bostezo mientras bajaba de la Fiera—. Qué embole.

—Uno tiene que ser responsable, Mateo —respondió El Flaco, sin dejar de pensar en una libreta llena de anotaciones que lo esperaba en la sede
—. Alguien tiene que llevar la cuenta de los pesos.

Mateo acerco al porton, buscando en sus bolsillos las llaves del candado. Se acercó a la reja y sus ojos se posaron en la bisagra del portón. Un pequeño trozo de papel blanco, doblado, asomaba. Frunció el ceño. Extrañado, lo sacó con cuidado.

Lo desdobló. En el papel, el dibujo de Lua. El corazón mecánico con alas de cuervo. Sus trazos inconfundibles.

Mateo sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. El silencio se hizo más profundo en la calle. Caminó hasta donde estaba El Flaco y se lo extendió sin decir una palabra.

El Flaco levantó la vista, primero a Mateo, luego al dibujo. Sus ojos, ya cansados, se abrieron un poco más. Tomó el papel con sus manos arrugadas, pasándo con la yema de los dedos por los trazos de tinta. Reconoció el estilo, el mensaje implícito. La entendió.

Una sonrisa amarga, casi imperceptible, se dibujó en sus labios gruesos. La mirada se le perdió en el dibujo, como si viera toda la historia plasmada en ese pequeño trozo de papel. Había dolor, sí. Nostalgia, también. Pero sobre todo, una comprensión profunda.

—La bruja… —murmuró El Flaco, su voz rasposa, casi un suspiro en la quietud de la noche. Miró el dibujo, y luego levantó la vista para encontrar la de Mateo, que lo observaba en silencio, pero sabiendo lo que para él significaba ese dibujo

—La bruja volvió… y dejó marca. Como siempre.

La frase resonó sus corazones, un eco de la verdad que ambos Cuervos conocían. No hubo más palabras. Solo el silencio de la comprensión, la lealtad que se sentía en el aire, y la certeza de que, Aunque Lua siempre volara lejos, la sede sabría de su paso. Porque hay almas que, aunque se vayan, no dejan de resonar en las paredes que ayudaron a construir